

# EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO II.

MADRID 4.º DE MAYO DE 1875.

NUM. 44.



## UN BUEN NIÑO.



ada influye tanto en la vida del hombre, como la educación que se le da cuando niño.

¡Cuántas veces el demasiado mimo por parte de los padres, sobre todo de las madres, que llevan su cariño hasta la debilidad, cediendo á todos los caprichos de un hijo, hacen que este llegue á abrazar la carrera del crimen!

Desde los primeros años se debe enseñar á los niños á amar á Dios y á guardar su santa ley. ¡Ah, cuán triste vida arrastran sobre la tierra los que no han tenido desde un principio una cristiana educación!

Y á propósito de esto viene á mi memoria el recuerdo de un bandido, tristemente célebre, que decia haber debido todas sus desgracias y las de su honrada familia, al mal entendido cariño de sus padres.

Este hombre, que cuando niño era demasiado consentido de su madre que llamaba graciosos chistes á sus mentiras, y á los ojos de la cual eran travesuras sus maldades, en la firme confianza de que en ella encontraban siempre amparo sus picardías, no ponía cuidado en enmendar su vida.

Con cariño tan imprudente hizo desgraciado á su hijo, que empezó por hurtar un lápiz á un compañero suyo de colegio y acabó por expiar sus crímenes en el patíbulo.

Se hizo desgraciada ella misma, pues al verlo cometiendo toda clase

de delitos, se avergonzó de tal hijo, muriendo víctima de esta vergüenza.

Cuánto mejor hubiera obrado esta madre, si en vez de un cariño tan mal entendido hubiera reprendido á su hijo con severidad, empleando, en caso necesario, hasta el castigo.

Por eso yo no ceso nunca de alabar la cristiana conducta de una buena mujer madre de un bonito niño, al cual ya desde sus primeros años enseña á alabar á Dios, á amar el bien y aborrecer el mal.

Vedla en la presente lámina; la mesa está puesta y la madre dando gracias á Dios por el alimento que le da, quiere que su niño, el pequeño Enrique, una su inocente voz á sus bendiciones, y ahí le teneis cumpliendo como diariamente lo hace con el cristiano deber de bendecir y dar gracias á Dios por el sustento que le da.

Y lo mismo que ora al sentarse á la mesa, cuando por las noches Enrique va á dormir, no se entrega al sueño sin levantar su corazón á Dios y cuando llega la mañana y abre sus lindos ojos, junta sus manecitas y pide al Señor le dé su gracia para aquel día.

¡Dichoso niño! ¡Cuán bueno es ya desde sus primeros años!

Su madre siempre le dice: «Enrique, sé buen niño, no digas nunca mentira, piensa mucho en Dios y procura imitar en todo al que fue el mejor de todos los niños, á Jesus.» Y Enrique obedece á su madre y ama á Dios y no dice mentiras.

El otro día su madre había hecho un plato de arroz con leche para llevarlo de regalo á la esposa de un caballero, en cuya casa está trabajando el padre de Enrique; y hé aquí que el niño lo vió y... se comió parte del arroz con leche. Una vez hecha su obra, conoció que había obrado mal, y pensó decirle á su madre, que Zapiron el gato había sido; pero en seguida vinieron á su imaginación los consejos de su madre, y repuso: «No, no engañaré á mamá, le diré la verdad y así no enfadaré al buen Dios.»

En efecto, momentos después entró su madre, y viendo la falta del arroz, exclamó: «¿Quién se ha comido el arroz que falta aquí?» Y Enrique, llorando y triste, se acercó á su madre, y besándola le dijo: «Yo fui, mamá, yo; ¿me perdonas?» «Sí, hijo, te perdono, y espero no lo volverás á hacer; pero si un día vuelves á proceder mal, como hoy, Enrique, di la verdad, y Dios te perdonará tu falta como te perdono yo.»

La madre continuó dando sus buenos consejos á Enrique, y aunque este había hecho mal en comer lo que no le habían dado, su madre no le pegó, porque había dicho la verdad.

¡Niños, imitad vosotros todos el bello proceder de esta inocente criatura que tan temprano empieza á obrar bien!

Dios bendiga á Enrique y á todos los que, como él, son buenos niños.

## LA PRIMERA ORACION DE CARLOTA.

(CONTINUACION.)

### CAPÍTULO V.



El pastor estaba sentado en un sillón junto al fuego y tenía en la mano una Biblia que puso sobre la mesa, cuando vió entrar á las niñas. Carlota había observado siempre su cara risueña, pero ahora se encontró con su mirada penetrante y espresiva. Cuando esta mirada se fijó en ella con compasión, conmovióse en lo más íntimo de su corazón y se acercó con confianza para responder á sus preguntas con agrado.

«¿Cómo te llamas, hija mía?» preguntó así que sus hijitas le habían contado lo que había sucedido.

«Carlota, Señor,» contestó.

«Nombre singular,» contestó el pastor.

«Mi mamá fue cómica,» continuó Carlota, «y me dió este nombre porque representaba este papel en la época en que yo nací. Fue muy bonita en un tiempo mi mamá, y dice que yo podría llegar á ser cómica también si no fuera tan fea. Pero V. es el pastor, no es verdad?»

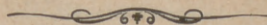
«Sí.»

«¿Qué cosa es un pastor?»

«Un pastor es un siervo,» contestó el ministro mirando pensativo al suelo.

«¡Papá!» exclamaron Juana y Magdalena admiradas, mientras que Carlota miraba estupefacta al pastor.

«Con perdón de V. señor,» replicó, «¿de quién es V. siervo?»



«De Dios y de mis hermanos, y tuyo tambien,» respondió seriamente el pastor.

La chica meneaba la cabecita y comenzó á reir; pero tan chocante y burlesca fue su risa, que los ojos del ministro se llenaron de lágrimas, porque podia adivinar los sufrimientos y dolores cuya espresion debió ser esta voz infantil tan clara.

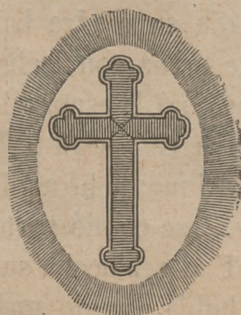
«¿Quién es Dios?» dijo Carlota; «este nombre lo he oido muchas veces y yo misma lo he pronunciado, pero no lo conozco. Cuando mi mamá estaba de buen humor decia muchas veces: ¡Dios sabe! ¿V. entiende lo que quiere decir esto, Señor?»

En el momento, cuando el pastor iba á responder, abrióse la puerta y Daniel entró. Apercióse á Carlota y se puso tan colérico que le fue menester sostenerse en una silla para no perder el equilibrio.

Por su parte temblaba la chica de miedo y se escondió tras la silla de su nuevo amigo.

«Carlota,» le dijo este, «voy á subir al púlpito; cerca de mí hay una cavidad en la pared, en que nadie te puede ver; pero tú me podrás ver y yo te veré tambien durante el tiempo del sermón. Pórtate bien y escucha con atencion; oirás hablar de Dios.»

«Duran,» continuó, dirigiéndose á Daniel, «dejará V. á esta chica que se siente en el banquillo debajo del púlpito; yo respondo que estará tranquila, será en adelante mi pequeña amiga.»



LUCAS 9, 23.

Jesus decia á todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz cada dia, y sígame.»

#### EL CONSUELO MEJOR EN LA MUERTE.



El duque Jorge de Sajonia estaba á la muerte con el cólera, y el cura Isembergo se fatigaba en vano en consolar al enfermo, recordando los méritos y la intercesion de los Santos, cuando dos caballeros, los duques de Sindenem y de Olsnitz se acercaron á la cama del moribundo y le dijeron:

«Vuestra alteza tiene un proverbio: «El mejor corredor se dirige al centro;» pues Señor, dirigid vuestro corazon directamente á Jesus, nuestro centro, que es nuestro intercesor y podeis estar seguro de vuestra salvacion.» Al punto exclamó el duque: «Ea pues, Señor Cristo Jesus, Salvador mio bondadoso, ten misericordia de mí, y sálvame por tus sufrimientos y tu muerte en la cruz.»

Durmióse en paz en el Señor el 17 de Abril de 1539.

## LA PRIMERA ORACION DE CARLOTA.

Continuacion.

## CAPITULO VI.

Después de la conclusion del culto, cuando el pastor bajaba del púlpito, vió que Daniel queria despedir la chiquita riéndola, pero el siervo de Dios tomó la niña de la mano y la condujo á la sacristía, donde le siguieron Juana y Magdalena, poco después.

«Hijitas mias,» les dijo, «no es fácil llegar á conocer á Dios; sabemos que es nuestro padre, sí, padre de todos nosotros, tambien tuyo, Carlota; te ama mas de lo que yo puedo amar á mis propios hijos.»

Al decir estas palabras miraba á la niña con tal expresion de cariño que Carlota enternecida no podia reprimir el llanto.

«No he tenido padre,» exclamó.

«Dios es tu padre,» respondió bondadoso el buen pastor, «El sabe todo



lo que pasa contigo; El te ve en este momento y te verá siempre donde estuviere. Dios escucha á todos los que hablan con El, y está siempre pronto á concederles lo que le piden.»

«¿Puedo yo tambien hablar con El?» preguntó la pequeña mendiga; «¿ó solamente á los niños ricos les es permitido hablarle?»

«Hijita mia,» respondió el pastor, «Dios no ha-

ce diferencia entre los hombres; puedes pedirle lo que quieras y si tu oracion es sincera, te escuchará.»

Al momento hincó Carlota las rodillas como el pastor lo habia hecho, y dijo con sencillez angelical: «¡Oh Dios mio, deseo conocerte! Si Tú quieres, y mi oracion te agrada, te ruego págale al Sr. Daniel el buen café que me ha dado.»

Juana y Magdalena se sorprendieron y no sabían qué pensar de oración tan particular, pero en los ojos del pastor brillaban lágrimas de ternura, y con voz grave y pausada terminó *la primera oración de Carlota* con un «Amen.»

#### CAPITULO VII.

Daniel se había propuesto al miércoles siguiente prohibir á Carlota la entrada en su tienda y en la capilla, y amenazarla con el agente de policía en caso que ella se atreviese á no obedecerle; pero ántes que tuviese tiempo de dirigirle la palabra, estaba la pequeña mendiga en su sitio acostumbrado y le dijo con gracia infantil: «Y bien, Señor Daniel, ¿le ha pagado á V. el café nuestro buen Dios?»

«¿Pagado tu café? ¿qué quieres decir, chica?»

«¡Oh! V. recibirá la paga algún día, Señor Daniel, pierda V. cuidado. He pedido á Dios, para que se lo pague á V., y el pastor me ha asegurado que Dios me oirá.»

«Carlota, ¿le has dicho al pastor que vendo café por las mañanas?»

«No, señor,» respondió ella, «pero se lo he encomendado á Dios tantas veces en estos últimos días, que estoy cierta, cederá á mis ruegos, quizá pronto.»

«Carlota, si me quieres, no digas á nadie nada de mi pequeño comercio, ¿lo oyes? Si se supiera que yo tengo esta pequeña tienda, perdería yo pro-

bablemente mi empleo en la capilla y dejaría de ganar mucho dinero.»

«¿Porqué quiere V. ganar mucho dinero, Señor Daniel? ¿quiere V. regalárselo á nuestro buen Dios?»

Daniel no respondió, pero la pregunta le llegó al corazón. ¿Para qué necesitaba él tanto dinero? Se acordó de su habitación triste y oscura, en la que no se permitía ninguna de las comodidades de la vida, tan solo por poder aumentar su tesoro todos los días, porque no podía acordarse en efecto de ninguna obra buena con excepción de la taza de café que regalaba á la niña una vez en la semana.

Cuando reflexionaba así sobre su miseria y su avaricia, recordaba toda su vida pasada perdida completamente, y empezó á temblar; abrió su bolsa y dejó caer en la mano de Carlota una pequeña moneda de plata.

«¡No, no! Señor Daniel,» exclamó ella, «V. no debe regalarme sus ahorros; yo quiero al contrario que Dios le recompense á V. y le devuelva los gastos que hace por causa mia.»

«Sí, Él me lo recompensará,» respondió Daniel, «el día de la recompensa vendrá pronto.»

«¿Es cierto? ¿tiene Dios un día de recompensa?» preguntó Carlota.

«Sí, muy cierto, pero pocas gentes estarán contentas en aquel día.»

«Pero V. Sr. Daniel, estará muy contento aquel día, ¿no es cierto? ¡V. es tan bueno!»

Daniel no respondió, pero cuando

Carlota se habia ido, echó una mirada severa sobre su vida pasada y se preguntó con desasosiego, cual seria su suerte aquel dia en que tenemos todos que aparecer ante el trono de Dios á recibir pena y castigo ó recompensa y gloria por lo que hemos hecho en esta vida, bien ó mal.

(Se continuará.)

## EL NIÑO VALEROSO.

CUENTO.



Todo el mundo conoce los graves peligros de la profesion de minero.

En las grandes explotaciones de este género, se hacen en la viva galerías, habitaciones, etc., llamadas departamentos explorativos; en ellos moran pueblos enteros compuestos de las familias de los mineros que se ocupan en la explotacion de las minas de pizarras, granito ó carbon, encontrando allí fácil y barato alojamiento, aunque con no pocos peligros.

En uno de estos departamentos de una mina de pizarras y granito, nació el héroe de esta sencilla historieta.

Manuel Fabra, que este era su nombre, habia visto perecer sucesivamente en los ejercicios de dicha profesion, á su padre, y á su hermano mayor; tambien él habia optado por semejante profesion, y empezó á trabajar á la temprana edad de doce años.

El amor que profesaba á su delicada madre y á sus pequeñas hermanitas le

dió aliento para soportar trabajo tan penoso.

Para aumentar el escaso jornal que le daban por su trabajo, encargábase de las operaciones mas peligrosas, demostrando una prudencia é intrepidez increíbles en tan corta edad.

A las mechas que deben comunicar el fuego á la pólvora destinada á hacer saltar las piedras ya taladradas, se les da una largura considerable por ser demasiado comprometido el llevar á efecto semejante operacion.

En estas circunstancias era cuando el jóven minero mostraba todo su valor; se deslizaba hasta la abertura de la mina llena de pólvora, y con una pequeña mecha, la prendia fuego, y rápido como una flecha y con la agilidad de una serpiente salia arrastrándose de entre las frias rocas, que un momento despues habian de desplomarse con estruendo, y se incorporaba alegremente á sus compañeros, como si viese de hacer la cosa mas sencilla del mundo.

Todas las operaciones de este género, le valian una buena paga acordada por el propietario de las canteras y que el valeroso niño la llevaba íntegra y rebotando de júbilo á su querida madre:

«Descansad tranquila, madre mia!» la dijo siempre Manuel, cuando ella espresaba la ansia que por su vida tenia; «amo mucho á Dios y cuando prendo fuego á la mecha, pienso en él y en usted; ya veis que el buen Dios no puede abandonarnos.»

«¡Oh mi animoso hijo!» repetía la madre estrechándole mas fuertemente entre sus brazos. «¡Cuán pocos hijos existen como Manuel, por desgracia!»

Un dia se tenia que hacer saltar una inmensa plataforma de piedra de granito; tres semanas habian sido necesarias para cavar una estrecha galería al traves de esta mezcla durisima, con idea de hacer una caverna en el centro de esta mole, depositar en ella varios barriles de pólvora, y hacerla volar.

El trabajo quedó terminado y no restaba mas, que aplicar la mecha encendida, que introduciría el fuego en la pólvora.

Esto era lo que Manuel hacia todos los dias, y por consiguiente tal operacion estaba reservada para nuestro pequeño héroe.

Cogió la mecha encendida, se deslizó por la estrecha galería y la arrimó á los barriles; en el mismo instante, ligero como un gamo, salvó la distancia que le separaba de sus compañeros, y se colocaron en sitio en que la horrosa esplosion que iba á tener lugar, no pudiese causarles daño.

Mas, al mismo tiempo de colocarse en paraje seguro, Manuel apercibe á lo léjos un carruaje tirado por dos soberbios caballos que se dirigian rápidamente á las canteras; duda un instante, pero reconoce por fin el carruaje del propietario de las canteras que venia con su esposa é hijos á visitar los trabajos de la misma.

Entre tanto la esplosion tardaba en

hacerse y el carruaje avanzaba rápidamente sin que el cochero apercibiese ó comprendiese las señales que se le hacian para que se detuviera.

Manuel al ver el peligro en que estaban sus amos, no duda en lanzarse abajo, entra en la galería donde le esperaba la muerte si la esplosion tenia lugar, penetra hasta la caverna y arranca la mecha peligrosa.

(Se concluirá.)



SALMO 19, 1-6.

**L**os cielos cuentan la gloria de Dios, y la espansion denuncia la obra de sus manos. Un dia emite palabra al otro dia, y una noche á la otra noche declara sabiduría. No hay dicho, ni palabras, ni es oida su voz. Por toda la tierra salió su hilo, y al cabo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol; y él como un novio que sale de su tálamo, alégrase cual gigante para correr el camino. De un cabo de los cielos es su salida, y su giro hasta la otra estremidad de ellos; y no hay quien se esconda de su calor.



## LA PRIMERA ORACION DE CARLOTA.

Continuacion.

## CAPITULO VIII.

Cuando Carlota volvió á su casa observó un movimiento extraordinario en el callejon. Muchas mujeres rodeaban á un señor en el que ella reconoció á su amigo el pastor. Tan luego como vió la chica, vino á su encuentro y se hizo conducir por ella á su bohardilla.



Pero cuando entró en aquel lugar oscuro, exclamó: «Carlota, hija mia, ¿cómo es posible que vivas aquí?»

«Si señor,» contestó. «Mamá dice que tenemos que contentarnos con este cuarto hasta que pueda recibírseme en el teatro, cuando sea bonita para ser cómica.»

«Carlota, yo he venido á pedir licencia á tu mamá para hacerte educar en una pension en la campaña. ¿Crees tú que consentirá en ello?»

«No, no señor,» contestó la chica. «Mamá no consentirá jamas en que yo aprenda á leer y escribir. Ella no sabe que yo voy á la capilla; si lo llega á saber, me maltratará seguramente.»

«¿Qué es lo que puedo hacer por tí?» replicó triste el pastor.

«Nada, señor, absolutamente nada. Permítame V. ir á la capilla los domingos. Si V. me regalara vestidos, de nada serviría, mi mamá los vendería al instante; nada puede V. hacer por mí.»

«Sin embargo, yo quisiera hablar

con tu mamá.»

«Sería inútil, señor; hace algunos dias que vino un buen señor, que le llaman evangelista, creo, y nos visitó; pero mi mamá se puso tan colérica que le botó de la escalera y casi le rompió las piernas.»

El pastor calló un momento y pareció reflexionar.

«¿Quién es este señor Daniel?» dijo despues de un buen rato, «tú siempre hablas de él.»

«¡Oh!» contestó ella, «es un buen amigo mio, que me da una buena taza de café todos los miércoles.»

«¿Qué cuesta una taza de café?»

«Una taza grande llena de café

con un pan cuesta quince céntimos.»

«Está bien, Carlota, te daré todos los domingos una peseta, que le puedes dar á este señor Daniel para que te suministre tu almuerzo todos los dias. Tú no me engañarás, estoy seguro,» dijo el pastor mirando á la niña cariñosamente; «¿puedo hacer alguna otra cosa por tí?»

«No, señor pastor, estoy muy agradecida de su cariño; pero dígame V. algo de Dios, le suplico.»

«Bien, querida hijita mia, te diré esto ántes que me vaya. Dios, tu padre y mi padre, no abandona jamas aquellos que confían en Él. Él mismo ha dicho: yo seré vuestro padre y seréis mis hijos y mis hijas; y en otra parte dice: Dejad los niños venir á mí y no se lo estorbeis. Dios te guarde y te bendiga, hijita mia.»

Con estas palabras se despidió el siervo del Señor.

A la mañana siguiente apareció Carlota orgullosa y contenta en la tienda de Daniel y le entregó la moneda que debia pagar el almuerzo de toda la semana.

Cuando Carlota contó lo que habia pasado, se agitó Daniel un poco, pero las impresiones serias que habia recibido se habian borrado, y para tranquilizar su conciencia se decia el mismo, que cuando los señores quisieran que dejara su comercio, tendria tiempo bastante para hacerlo; hasta entonces no comprendia por qué habia de dejar sus ganancias licitas.

## CAPITULO IX.

De esta manera trascurrieron algunos meses. Las noches del domingo venia la chica con el corazon contento y se sentaba en su sitio junto al púlpito.

Antes de entrar se ponía un vestido usado, que habia pertenecido á Juana, y que le guardaba Daniel con sus vestidos de sacristan. El pastor no tenia en toda la congregacion otro oyente tan atento como la niña; con gusto hablaba con ella despues del sermón y le decia palabras de exhortacion y de amor.

Al mismo tiempo le daba la peseta para su almuerzo, que Juana y Magdalena ahorran para ella y que entraba desde luego en el bolsillo de Daniel.

Pero un Domingo por la noche cuando el pastor subia al púlpito, observó con pesar que la carita pálida y atractiva de la pequeña Carlota no se encontraba en su lugar acostumbrado. Tambien Daniel así que vió que su pequeña amiga no vino en toda la semana por su almuerzo, sintió gran inquietud por ella.

Bien fuese que se dijese á sí mismo que la niñita nada le importaba y que seria un tonto en darse pena por esto, bien que tratase de consolarse con que su comercio iba tan bien y no debia tener cuenta con nada mas: estas razones egoistas no podian tranquilizarle; pasaba los dias triste y solitario. Sabia muy bien que al pastor le era conocida la habitacion de Carlota, pero

no osaba preguntarle por miedo de despertar su desconfianza.

Pero cuando Carlota no apareció en la capilla el Domingo siguiente creció su cuidado á tal extremo que entró á la sacristía despues del culto.

«Señor pastor,» comenzó, «no puedo comprender que le habrá sucedido á la niñita que venia con tanta exactitud á la capilla; ¿me permite V. que me informe de ella?»

«Seguramente, Duran,» contestó el pastor, «yo mismo tengo mucha pena por la niña, y mis hijitas están tristes, sin consuelo porque no pueden entregarle su pequeña dádiva.»

«Entónces iré en busca de ella,» dijo Daniel conservando un aire indiferente, miéntras notaba en su registro la habitacion de la chica.

Respetuosamente despidióse del pastor, cerró la capilla y se fué corriendo, sin esperar al dia siguiente, á buscar á Carlota.

No le costó poco trabajo de encontrar la casa en aquel laberinto de calles de mala fama.

Al pié de la escalera que conducia hasta aquel lugar miserable, hubiera Daniel perdido casi el valor y habriase vuelto, sino hubiese oido en aquel momento una voz infantil que decia: «Mi buen Dios, te ruego, manda que alguna persona venga á verme; ¡óyeme en el nombre de Jesus! Amen.»

«Aquí estoy, Carlota,» gritó Daniel. Encendió una cerilla que llevaba consigo y con gran habilidad subió los

peldaños apollillados de la escalera, estando en pocos segundos al lado de su amiguita.

Estaba acostada casi en el suelo la pobre chica, pues solo algunos trapos formaban su miserable cama. Tan luego como vió á Daniel exclamó contenta: «¡Oh Señor Daniel, el buen Dios lo ha mandado á V!»

«Sí, sí,» contestó este, hincándose al lado de la chica y cogiendo sus manitas frias dentro de las suyas para calentárselas.

«¿Qué le ha dicho á V. el buen Dios que ha venido V. hasta aquí, Señor Daniel?»

«Me ha dicho,» contestó este con voz enternecida, «me ha dicho que soy un gran pecador; me ha hecho ver que amo más al dinero que á una pobre niñita sin hogar; ha despertado mi conciencia y me ha dicho: ¡nécio! esta noche misma, quizás, te pedirán tu alma, ¿qué te servirá haber ganado el mundo entero, si tu alma se pierde?»

«¿Pero V. es un hombre honrado, no es así, Señor Daniel?» observó la chica.

«Un hombre que se ama á sí mismo soy yo, un pecador muy grande,» respondió este seriamente. «He visitado el culto celosamente, pero por pura codicia, he sido honrado y trabajador, pero solo por amor al dinero. He perdido mi vida, he olvidado mi Dios; ¡qué nécio he sido yo! ¡Carlota, Carlota, tú eres más feliz que yo!»



«¿Por qué no se dirige V. á Dios en el nombre de Jesus?» dijo la niña.

«Yo no puedo orar ya,» contestó Daniel. «La codicia ha secado mi alma y mi corazón se ha puesto duro; no puedo rogar á Dios.»

«Dios es amor,» dijo Carlota, «Jesus ha dicho que vino á buscar y salvar á todos los perdidos.»

«Lo sé, yo lo sé,» decia llorando Daniel, «¿pero me perdonará Dios?»

Carlota no queria contestar, pero estaba tan débil que solo podia apretar imperceptiblemente la mano de su amigo y decir con voz apagada:

«¡Oh Señor! convierte el corazón del Señor Daniel, por tu hijo querido.» En seguida cerró los ojos, pero por el movimiento de sus labios podia conocerse que oraba por su amigo. Este juntó las manos con devoción y con lágrimas en los ojos exclamó:

«Dios, ten misericordia de mí pecador.»

*(Se concluirá.)*

## EL NIÑO VALEROSO.

(CONCLUSION.)



l poco rato aparece Manuel á la entrada de la galería, teniendo en la mano la mecha todavía humeante.

El cochero habia por fin comprendido las señales y el carruaje se detenia en el momento de aparecer Manuel.

El propietario al verle lo comprendió todo, y un clamor general salió de todos los pechos.

«¡Valeroso muchacho!» se oia decir por todas partes, y el propietario, tendiéndole los brazos gritaba: «Desde hoy le cuento como si fuera mi hijo, ¡yo me encargo de su porvenir!»

«Señor,» dijo tímidamente Manuel, «conducidme á donde querais, pero os suplico que no me separeis del lado de mi madre y mis hermanitas. Mi pobre madre á todas horas cree que no me ha de volver á ver más; tengo muchos deseos de abrazarla.

Algunos minutos despues se detenia un lujoso coche delante del departamento, donde residia la viuda de Fabra, y de él saltaban Manuel y el más rico propietario de la comarca.

«Mi buena señora de Fabra,» la dijo luego este último, «cuando se tiene la felicidad de poseer un tesoro como este, es preciso conservarle; á fin de que no se separe jamas de usted, os aseguro desde hoy una renta perpétua de 800 pesetas anuales; me acaba de salvar la vida y la de mi esposa é hijo, el vuestro, y yo le premio de esta manera por su valerosa acción!»

La pobre señora no supo qué contestar. «Señor,» dijo por fin Manuel, «esto es demasiado; he cumplido solo con mi deber; por mi madre acepto vuestro don, y siempre procuraremos pagar esta deuda sagrada.»

El valeroso niño cumplió su palabra.

Cuando era ya hombre todo el pueblo le amaba y respetaba, y no se hablaba mas que del buen hijo en toda la comarca.

## LA PRIMAVERA.



## MARAVILLAS DE LA CREACION.

Alaba, oh alma, á Dios. Señor, tu  
alteza

¿Qué lengua hay que la cuente?  
Vestido estás de gloria y de belleza,  
Y luz resplandeciente.

Encima de los cielos desplegados  
Al agua diste asiento;  
Las nubes son tu carro: tus alados  
Caballos son el viento.

Son fuego abrasador tus mensajeros  
Y trueno y torbellino;  
Las tierras sobre asientos duraderos  
Mantienes de continuo.

Los mares las cubrian de primero  
Por cima los collados:  
Mas visto de tu voz el trueno fiero  
Huyeron espantados.

Y luego los subidos montes crecen;  
Humíllanse los valles:

Si ya entre sí hinchados se embra-  
No pasarán las calles. (vecen,

Las calles que les diste y los lin-  
Ni anegarán las tierras; (deros,  
Descubres minas de agua en los oteros  
Y corre entre las sierras.

El gamo y las salvajes alimañas  
Allí la sed quebrantan,  
Las aves nadadoras allí bañas  
Y por las ramas cantan.

Con lluvia el monte riegas de tus  
Y das hartura al llano: (cumbres;  
Así das heno al buey, y mil legum-  
Para el servicio humano. (bres

Así se espiga el trigo y la vid crece  
Para nuestra alegría;  
La verde oliva así nos resplandece  
Y el pan de valentía.

De allí se viste el bosque y la ar-  
Y el cedro soberano, (boleda  
Adonde anida el ave, adonde enreda  
Su cámara el milano.

Los riscos á los corzos dan guarida,  
Al conejo la peña:  
Por si nos mira el sol, y su lucida  
Hermana nos enseña

Los tiempos. Tú nos das la noche  
En que salen las fieras, (oscura,  
El tigre que racion con hambre dura  
Te pide y voces fieras.

Despiertas el aurora, y de consuno  
Se van á sus moradas:

Da el hombre á su labor sin miedo  
Las horas situadas. (alguno

¡Cuán nobles son tus hechos! y cuán  
De tu sabiduría. (llenos

Pues ¿quién dirá el gran mar, sus  
Y cuántos peces cria? (anchos senos,  
¿Las naves, que en él corren, la  
Ballena, que le azota? (espantable  
Sustento esperan todos saludable  
De tí, que el bien no agota.

Tomamos, si tú das: tu larga mano  
Nos deja satisfechos.  
Si huyes, desfallece el ser liviano,  
Quedamos polvo hechos.

Mas tornará tu soplo, y renovado  
Repararás el mundo.  
Será sin fin tu gloria y tú alabado  
De todos sin segundo.

Tú que los montes ardes, si los  
Y al suelo das temblores; (tocas,  
Cien vidas que tuviera y cien mil  
Dedico á tus loores. (bocas

Mi voz te agrada y á mí este oficio  
Será mi gran contento;  
No se verá en la tierra maleficio  
Ni tirano sangriento;

Sepultará el olvido su memoria:  
¡Tú, alma, á Dios da gloria!

FRAY LUIS DE LEON.

### LA PRIMERA ORACION DE CARLOTA.

(CONCLUSION.)

#### CAPÍTULO X.



A la mañana siguiente no se abrió

la tienda de café, y los parroquianos de Daniel miraban con sorpresa el sitio vacío. Pero mucho más se habrían sorprendido, al saber en qué se ocupaba el viejo solteron. Durante toda la noche había velado al lado de la niña enferma.

En la mañana había ido en busca de un doctor y supo que la madre por miedo del contagio de la enfermedad de su hija, había abandonado la casa algunos días hacia. Daniel hizo venir un cochecillo, envolvió la chica en su sobretodo bien abrigada y la llevó á su casa.

En el mismo día escribió al pastor la carta siguiente:

«Respetado Señor:

Si V. quiere tener la bondad de venir á mi casa modesta, puede V. ver la pobre Carlota que está enferma gravemente. Yo temo que en breve morirá, si nuestro buen Dios no la mejora por un milagro.

Esperando que V. me dispensará la libertad que me tomo, porque no puedo abandonar la chiquita, quedo con respetuosa consideracion

Su servidor, Daniel Duran.»

Apénas había leído el pastor esta carta, cuando fué apresuradamente á la casa del viejo sacristan. Allí encontró á Carlota en la cama de Daniel pálida y estenuada. Un débil viso encendió sus mejillas, cuando vió entrar al pastor, y dijo risueña:

«¡Ah, Señor pastor, V. tenía razon! el buen Dios me ha regalado todo;

una sola cosa me falta todavía; el Señor Daniel no está pagado todavía por el café que me ha regalado.»

«Dios me ha pagado al contrario centuplicado,» dijo Daniel, «ha salvado mi alma y me da ahora el valor, Señor pastor, de referirle á V. todo mi pasado. Desde más de diez años he tenido en un barrio pobre una tienda en que vendia café con leche todas las mañanas. Con este comercio ganaba yo cerca de veinte pesetas todas las semanas. Temiendo que mi pequeño comercio disgustaria á V., se lo he ocultado con mucho cuidado. Yo he sido el que le ha vendido el café á esta pobre niña; sí, se lo vendia, cuando debia regalárselo. Las palabras sencillas de esta chica me han conmovido y hecho una impresion más fuerte que el sermón más brillante. Si V. supiera, Señor pastor, cómo mi conciencia me remordia cuando esta querida niña me decia por ejemplo: ¿Ama V. al Señor Jesus de todo corazón, Señor Daniel? ó ¿qué hace V. con su dinero, Sr. Daniel, se lo regala V. al Señor? Esta última pregunta ha quedado sin contestacion hasta la mañana de hoy. He contado mi pequeña fortuna al lado de esta cama en mi mente y he encontrado que monta acerca de diez mil francos, y he dicho al Señor: ¡Oh Dios mio, todo esto es tuyo, si quieres tener misericordia con tu criado indigno, conserva esta niña querida, para que sea para mí y para otros una fuente de bendicion!»

La voz de Daniel temblaba é inclinaba su cabeza sobre la almohada en que estaba recostada la cabecita de Carlota. La niña echó una mirada amorosa á su amigo viejo, y despues se la oyó decir despacito:

«¡Oh Dios mio! te habia rogado me llamaras á tu lado; pero si el Señor Daniel me necesita todavía, te suplico en el nombre de tu hijo Jesucristo, déjame algun tiempo más aquí abajo. Amen.»

Un silencio profundo reinaba en el aposento; yacia la niña sin sentido en su lecho, ninguno de los dos hombres se movia, solamente el pastor parecia orar con devocion. Algunos minutos despues se acercó á la cama y vió con alegría que la niñita respiraba más regular; tomó su manita y sintió vida nueva en lugar del hielo de la muerte. Muy bajo le habló á Daniel y dijo: «La niña no ha muerto; duerme solamente.»

Carlota sanó y Daniel alquiló cerca de la capilla una habitacion decente á la que se mudó con su hija adoptiva. No pudo saber nunca nada sobre la suerte de la madre á pesar de sus diligencias.

Cuando Carlota habia sanado completamente, empezó á ser útil á su bienhechor.

Por la mañana servia á las gentes durante el almuerzo, y al poco tiempo pudo ya servir en la capilla. Con preferencia amorosa limpia el púlpito y la sacristía. El domingo no tiene el pastor oyente más atento que la pobre

huérfana; cuando sube al púlpito y contempla la carita infantil de la niña se acuerda con emocion de lo que pidió un dia tan sencillamente, y de su corazon sube oracion fervorosa al trono de Dios: «Señor mio, que pones de manifiesto á los humildes de corazon tus caminos, dáme la sencillez de esta niña.»

FIN.

### GRANDEZA DE ALMA.

Hubo en tiempos un rey tan magnánimo, que fue la admiracion de sus contemporáneos. No pensaba en otra cosa sino en hacer felices á sus súbditos.

Una de las cosas que más le agradaban era salir á pasear por las calles de su capital á pie y sin escolta.

Cuando le advirtieron respetuosamente el peligro á que esponia su persona por no tomar precauciones, respondió: «El padre que anda entre sus hijos nada tiene que temer.»

Tambien se cuenta el siguiente rasgo de su generosidad.

Hallándose un dia en audiencia con dos oficiales, entró uno de los tesoreros del rey y le entregó una suma de mil ducados. Al verlo uno de los oficiales dijo en voz baja á su compañero: «Si ese dinero fuese mio, seria feliz.»

Lo oyó el rey y replicó: «merece V. ser feliz siendo hombre de cabeza y de corazon,» y le hizo aceptar los mil ducados.

Asimismo se refiere esta otra historietta del mismo.

Una galera que conducia soldados se iba á pique á presencia del rey. Manda este á los que le rodeaban que socorran á aquellos infelices, pero todos vacilan. Mas él, saltando entónces en un bote les dijo: «Mas bien quiero ser compañero de ellos, que testigo de su muerte.»

### PERICLES.

En una de sus expediciones marítimas notó Pericles que el piloto de su barca, asustado de un eclipse de sol, se hallaba sumamente agitado. Entónces le arrojó su capa cubriéndole los ojos y le preguntó si tenia algo de extraordinario lo que acababa de hacer.

«No,» contestó el piloto, «no veo nada de qué asombrarme.»

«Pues bien,» replicó el general ateniense, «hé aquí todo lo que ha sucedido con el sol.»

### ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal, para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física ó Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.